

Tiempo lógico y tiempo humano en: *Rayuela**

Mónica Manzour / Letras españolas, Facultad de Filosofía y Letras

Occidente ha inventado su cárcel: comodidad de muchos, angustia de pocos. El hombre se ha entregado, cuerpo y alma, al tiempo, al sofocar de cada instante. Hemos sido regalados al reloj, aunque la gente siga convenciéndose que es el reloj el regalado ("no lo saben, lo terrible es que no lo saben"). "Te regalan la necesidad de darle cuerda todos los días, la obligación de darle cuerda para que siga siendo un reloj; te regalan la obsesión de atender a la hora exacta en las vitrinas de las joyerías, en el anuncio por la radio, en el servicio telefónico..."¹ El hombre occidental progresó en técnica. Desde la Edad Media el progreso de la ciencia es asombroso, casi no podemos seguirlo en su prisa que, sin querer, se le vuelve urgencia. O, más bien, la rapidez ha sido tal que no la hemos podido alcanzar; la perdimos a medio camino y apenas la alcanzamos a vislumbrar, totalmente impotentes, alrededor nuestro envolviéndonos despiadada. Entonces, las civilizaciones de Oriente: ¿las podemos acaso mirar subdesarrolladas?... ¿las podemos mirar siquiera? En nuestra urgencia por alcanzar lo que con tanto orgullo echamos a rodar, nos olvidamos de nosotros mismos. Sólo un recuerdo ha permanecido, aunque fuera de contexto: la mortalidad, la muerte. Tampoco a ella podemos ya comprender, pero el recuerdo ineludible insiste y nos obsesiona; nos aterroriza. Y qué hemos logrado más que una prisión de tiempo que no tiene sino la única salida de la muerte: oscura puerta cerrada.

El hombre de Oriente no se ha refugiado en lo circunstancial exterior. Durante siglos ha buscado su ser y para esa búsqueda se ha instalado en el estar siendo o, mejor dicho, en el estar siéndose. La búsqueda es totalmente introspectiva, tanto en sí mismo como en los demás hombres, demás objetos, demás todo y nada. La introspección es contemplación y la contemplación es infinita, fuera del tiempo, sin tiempo. No existe tal cosa: el concepto tiempo impediría evidentemente toda contemplación y, así, toda realización del ser. (Yo aún dudo severamente de la efectividad de los cuarenta o cincuenta minutos obligatorios de la sesión del psicoanálisis.) Tan estricto es el rigor impuesto por el tiempo que podemos —y en la mayoría de los casos *debemos*— medir la duración de un sentimiento o, por lo menos, de su expresión. "... el descubrimiento y la utilización de la patafísica es justamente tocar fondo por la vía del humor negro... siempre he creído que el humor es una de las cosas más serias que existen",² nos dice Cortázar. Y después de afirmado esto, que triste es la posibilidad de decir, por ejemplo: "Duración media del llanto, tres minutos."³

Hemos olvidado no solamente que somos, sino también qué somos. Hay un refrán que dice que "cada cabeza es un mundo"; pero está equivocado: cada cabeza es muchos mundos, cada cabeza tiene su cuerpo y su alma que se están siendo continuamente, sin *ser* —estático— en ningún momento. La vida es movimiento, es cambio por esencia. Por lo mismo, caben en una cabeza los puntos más opuestos y contradictorios, tanto como consecuencias lógicas. "El camino auténtico es arduo y a veces se paga caro, incluso con la vida o con la razón."⁴ Vemos que los lamas —por desgracia una mayoría impresionante— se han labrado cuidadosamente otra cárcel, la del razonamiento, la congruencia y coherencia, la lógica. Son los cronopios, los poetas, quienes permiten desarrollar todos sus mundos interiores, y no sólo uno exclusivo y excluyente; son ellos quienes poseen "esa disponibilidad para latir con los cuatro corazones del pulpo cósmico que van cada uno por su lado y cada uno tiene su razón y mueve la sangre y sostiene

* Del Seminario de Literatura Comparada que dirige la doctora Margo Glantz.

al universo".⁵ Entonces es natural que surjan aparentes contradicciones para el que se ha limitado a un estrecho camino blindado por ambos lados: "... es que el cronopio o el poeta saben muchas veces que sus contradicciones no van contra la naturaleza, sino que son, por decirlo así, preternaturales, y qué le van a hacer si en algún lugar central los ritmos antagónicos de los corazones del gran octopus están moviendo una misma sangre."⁶

Si en el hombre se mueven entonces muchos mundos, infinitos, igualmente el hombre tendrá infinitas posibilidades para distribuirse en ellos. Sus mundos pueden sobreponerse, o pueden ni siquiera conocerse; así, puede él vivir siglos en uno, intantes en otros, nada en otro, en el mismo tiempo impuesto al (o por el) reloj. El presente, siendo movimiento, se anula a sí mismo; el presente es pasado y futuro al mismo tiempo, elementos que se nutren uno al otro para sobrevivir. Pero ni el pasado ni el futuro caminan al paso de la marcha del reloj, y aprovechan la oportunidad para detenerse a mirar alrededor o para cruzar rápidamente algún tramo no agradable. Si el presente es pasado y futuro, el reloj marcha solo; lo siguen únicamente los fieles "burócratas de espíritu", prisioneros de él por pereza o debilidad, quienes han decidido "que su día se compone de un número fijo de elementos de patas quitinosas que agitan con gran vivacidad para progresar en eso que se llama la línea recta del espíritu."⁷ ¿Dónde entonces está la verdad? Todo el sistema del mundo de Occidente fue establecido por quien es ya casi un dios: Aristóteles. Nos ofreció un método, un sistema lógico, y por él se ha derivado cada paso en línea recta hasta el siglo xx. Es casi un dios, pero casi, y nunca llegará a eliminar esa característica. Su lógica abrió las puertas hacia campos vastísimos; caminamos y caminamos y de repente nos encontramos que los campos estaban cercados por muros impenetrables. El oxígeno comienza a terminarse y sin embargo la vida sigue infinita: la lógica aristotélica debe caer. Aquellos muros, fuertemente cimentados, sólo serán vencidos por la paradoja. Tal vez los muros son también parte de ella. No son un fin, como no lo es la muerte; son un elemento más de la necesaria e ineludible metamorfosis que es la vida. "La iluminación del monje Zen o del maestro del Vedanta (sin hablar de tantos místicos occidentales, por supuesto) es el relámpago que lo desgaja de sí mismo y lo sitúa en un plano a partir del cual todo es liberación (...) ellos han alcanzado una reconciliación total que prueba que por un camino que no es el racional han tocado fondo."⁸ San Juan de la Cruz llega a su verdad, a su dios, por medio de la paradoja, y no habría modo de comprenderlo si no es a través de la incorporación de nosotros mismos a ésta. El caos de Heidegger es el mismo que vemos interpretado por Octavio Paz; sólo el amor, la religión y la poesía, no caben en el orden racional y razonable del sistema de Occidente; son éstos la consagración del instante, el instante eterno, la unión de los contrarios. Si la iluminación no cabe en el orden establecido, consecuentemente tampoco cabrá en el orden temporal cronológico. El hombre occidental se estancó en su búsqueda del ser hace más de dos mil años. Pocos han podido escapar al tiempo: Jesucristo necesitó del aislamiento indefinido para realizarse. Occidente no ha sido indiferente a dicha búsqueda, pero la angustia, intensificándose lo ha limitado cada vez más. La invención del tiempo arrebató al hombre el poco tiempo del que disponía para sí mismo. El reloj tiene un horario fijo; el hombre tiene infinitos horarios variables. Y



ahora intentaremos aprender de Oriente, donde el tiempo cuando pasa no avisa. Intentaremos aprender a escuchar hacia adentro de los objetos y de nosotros mismos, sin prestar atención al tic-tac insistente e incansable.

El hombre es una isla... pero hay muchas islas. Existen balsas para llegar a las que nos rodean, a pesar de las corrientes. "Somos muy diferentes —dijo Ronald— lo sé muy bien. Pero nos encontramos en algunos puntos exteriores a nosotros mismos. Vos y yo miramos esa lámpara, a lo mejor no vemos la misma cosa, pero tampoco no podemos estar seguros de que no vemos la misma cosa. Hay una lámpara ahí, qué diablos."⁹ Y hay muchas islas que no vemos pero que tienen la misma vegetación que la nuestra. "Hay un piso de arriba donde vive gente que no sospecha su piso de abajo, y estamos todos en el ladrillo de cristal."¹⁰ Hay muchas islas y tal vez parezca absurdo que todas estas islas estén rodeadas por el mismo mar y puedan ser afectadas por el mismo sol o la misma tempestad. Lo que sucede es que tan aprisionados nos tiene nuestro tiempo personal y tal es la preocupación de obedecerle, que no nos damos cuenta que en realidad somos parte de un gran archipiélago. "Siento continuamente la posibilidad de ligazones, de circuitos que se cierran y que nos interrelacionan al margen de toda explicación racional y de toda relación humana."¹¹ Tanto nos ha limitado el concepto tiempo que se ha perdido el conocimiento, reconocimiento, y aun el recuerdo de la eternidad. Todo el movimiento de las "figuras" que formamos sin darnos cuenta se interpreta como que el tiempo da vuelta sobre sí mismo, el tiempo se muerde la cola, nuestro nacimiento muerde ya su muerte.

Existimos dentro de un ladrillo de cristal que es el cosmos: por su misma naturaleza es movimiento continuo y, por tanto, eternidad. El cosmos no incluye al tiempo, es pretemporal y, si se quiere atemporal en el sentido occidental de "tiempo". No olvidemos que somos parte integrante de aquel cosmos, y como tal, al limitarnos a un sistema temporal lógico, nos encerramos fatalmente en un minúsculo aspecto de la paradoja infinita de eternidad. Hemos llegado a un último momento en nuestro tiempo y es indispensable despertar.

El niño —cronopio, poeta— nace despierto y nos empeñamos en dormirlo. No obstante, el niño, no inconsciente sino más bien subconsciente, lucha por la verdad sin tiempo, sin límites. El niño sin saber busca y llega a esas corrientes que no logramos entender por vías racionales sino que alejamos con torpeza. Los juegos de niños son la más clara manifestación de las etapas de un proceso espiritual místico. "Por su parte, las rayuelas, como casi todos los juegos infantiles, son ceremonias que tienen un remoto origen místico y religioso. Ahora están desacralizadas, por supuesto, pero conservan en el fondo algo de su antiguo valor sagrado. Por ejemplo, la rayuela que suele jugarse en la Argentina —y en Francia— muestra a la Tierra y el Cielo en los extremos opuestos del dibujo."¹² El tiempo ha bloqueado también la niñez: momentos de eternidad. El hombre de Occidente, para salir de su prisión, tendrá que encontrar nuevamente sus ojos de niño, la mirada de niño con que el Oriente observa lejano y curioso al Occidente; la mirada de niño que es abierta ilimitada, enfrentada al absurdo. El niño no está aprisionado en nuestra lógica; su lógica es otra. Y continuamente llega, sin percatarse de ellos a la iluminación, a "lo que los



adeptos al budismo Zen llaman *satori*, una especie de explosión hacia sí mismo".¹³ El niño —nuevo— vive en ese estado. Sin embargo nosotros debemos llegar a ello conscientemente, ya despiertos a las demás circunstancias que nos limitan en su mezquindad.

Es la paradoja, es el absurdo que nos llevan a la verdad. Justamente es absurdo el no darnos cuenta que vivimos sumergidos en él mismo. La visión es equivocada, la vida no puede ser lógica y si la afrontamos con lógica, es imposible vivir: solamente caminamos dormidos. Horacio Oliveira está despierto y, aunque es difícil, vive plenamente su absurdo. "Oliveira, un suicida triunfante e hiperbólico, abandona las miserias del camino llano y parejo para desbarrancarse por tortuosos precipicios en que lo aclame risueña la voz de su propia destrucción."¹⁴ "...pero vale más un suicida que un zombie..."¹⁵ Oliveira es un suicida en relación a nuestro mundo, a la lógica tradicional en la que vive encerrado. Al salir, al matar aquello, morirá con lo que ha matado. Qué absurdo vivir fuera del tiempo o más bien sin él, y al mismo tiempo dentro de un reloj. A través del absurdo, del tiempo absurdo que se repite acaso, o se equivoca de ritmos, llegará a iluminarse en el verdadero ser. Para ello, después del camino duro, ha tenido que sacrificar la vida o la razón, o ambas; no sabemos y no importa. Sin embargo reconocemos en él un despertar, cruzando a través de su propio espíritu, hacia el hombre que se mira a sí mismo, el místico oriental, el hombre de Oriente.

La contemplación no tiene tiempo ni cabe en él. El ser es la contemplación. El hombre es su ser: El tiempo lógico nos queda chico.

¹ *Historias de cronopios y de famas*, p. 27.

² *Indice*, núm. 12, p. 22.

³ *Historias de cronopios...*, p. 14.

⁴ *Mundo Nuevo*, p. 67.

⁵ *Indice*, p. 10.

⁶ *Ibid.*

⁷ *Ibid.*

⁸ *Ibid.*, p. 21.

⁹ *Rayuela*, p. 194.

¹⁰ *Historias de cronopios...*, p. 12.

¹¹ *Indice*, p. 22.

¹² *Mundo Nuevo*, p. 62.

¹³ *Ibid.*, p. 67.

¹⁴ *Ibid.*

¹⁵ *Ibid.*, p. 74.